

La espiritualidad ignaciana durante la supresión¹

Michael W. Maher, S.J.

El aniversario de la restauración de la Compañía de Jesús ofrece una oportunidad para examinar un período de nuestra historia, con frecuencia pasado por alto. Cuando se habla de la Historia de la Compañía casi siempre se tienen en cuenta los dos primeros siglos, y después sobreviene una “edad oscura”, la época de la supresión, durante la cual no sucede nada de valor histórico. El interés histórico activo sólo se recupera con el Concilio Vaticano Segundo y el generalato de Pedro Arrupe. Esta infortunada presunción se debe en parte a la falta de investigación histórica sobre el período que siguió inmediatamente a la supresión, aunque con algunas excepciones importantes. Esta falta de investigación y de interés ha dejado en silencio para nosotros alguna información importante, particularmente cómo ciertos aspectos de la Compañía, tales como la promoción de su espiritualidad, continuaron después de la supresión. Estos temas, relacionados con la continuación de obras patrocinadas por los jesuitas, no son temas específicamente históricos, porque se refieren a la vida contemporánea, a la viabilidad del trabajo antes a cargo de la Compañía de Jesús, y a partir de entonces en manos de seglares o de administraciones diocesanas.

Se requiere una más amplia y seria investigación para conocer cómo la Espiritualidad Ignaciana continuó siendo cultivada después de la supresión. Sin embargo podemos señalar de una manera general cómo continuó, recordando las Congregaciones Marianas. Debe tenerse en cuenta que aunque la Compañía de Jesús quedó suprimida, no se suprimieron las Congregaciones (o Sodalidades) Marianas. Quizá por eso la Espiritualidad Ignaciana pudo continuar en vigor a través de las reglas de estas organiza-

¹ Tomado de Anuario de la Compañía de Jesús, 2014, publicado por la Curia Generalicia de la Compañía de Jesús, Roma, Italia 2013, pp. 40-43.

ciones durante los años de supresión. Después de 1773 se redactaron nuevas reglas para tener en cuenta la ausencia de jesuitas en la dirección. Sin embargo esta falta de dirección por parte de los jesuitas no supuso la desaparición de unas cuidadosas reglas ya existentes que encargaban a los laicos la organización económica e importantes obras de caridad, como dar de comer a prisioneros, visitar enfermos, y procurar dotes a mujeres pobres. Estas reglas anteriores insistían en elementos de Espiritualidad Ignaciana como el examen de conciencia, la meditación diaria, la asistencia diaria a la Misa, la comunión frecuente, el uso de la confesión general, y algunas prácticas específicas de oración, que se recomiendan en los Ejercicios Espirituales. Aunque las nuevas reglas tenían en cuenta el cambio de dirección espiritual, que de los jesuitas pasaba a clérigos diocesanos y al Ordinario local, el resto de las reglas permanecieron intactas, como eran antes de la supresión. En resumen las nuevas reglas concretaban las prácticas espirituales Ignacianas que los seglares podían seguir bajo la dirección del clero diocesano. Se debería valorar la eficacia de esta transición analizando caso por caso, aunque con frecuencia la falta de datos escritos podría hacer esa valoración imposible.

Además de estas reglas los jesuitas habían organizado ciertas prácticas piadosas dentro de sus ministerios, y habían dispuesto la propagación de material impreso, y ambas cosas fueron medios para continuar la Espiritualidad Ignaciana, durante los años de supresión. Por ejemplo la devoción a la Buena Muerte, con un acto semanal en el cual se animaba a los fieles a considerar sus últimos días y a poner los medios que podían servir de consolación para esos días—meditación tomada de los Ejercicios Espirituales. Otras devociones, como la meditación de las Cinco Llagas, se basaban en la Tercera Semana de los Ejercicios. Se leían libros de autores jesuitas, tales como Giuseppe Carpano, François Guilleré, Giovanni Manni, Gregorio Mastrilli, Giuseppe Prola, Bartolomeo Ricci, Paolo Segneri, y muchos otros, que servían para preparar la predicación de exjesuitas y sacerdotes diocesanos. De igual forma, los catecismos de Roberto Bellarmino y Pedro Canisio, mantenían su gran popularidad, y eran medios para conservar el espíritu ignaciano entre los laicos durante la supresión.

La continuación de las Congregaciones Marianas constituyó un elemento importante para que siguiese viva la Espiritualidad de los jesuitas durante los años de supresión. Las reglas impresas de

las Congregaciones y los libros de espiritualidad pueden a veces limitarse a ocupar un sitio en los estantes y servir de poco, a menos que haya personas interesadas en aumentar y fortalecer la vida de las Congregaciones. Después de la supresión muchas personas usaron el conocimiento que tenían de las Congregaciones para infundir más vida a las mismas Congregaciones, o para crear nuevas organizaciones, basadas en las reglas y costumbres de las Congregaciones. Esas personas fueron el puente para que la espiritualidad ignaciana, y más en concreto la espiritualidad ignaciana tal y como se enseñaba y practicaba en las Congregaciones, enlazase con el tiempo que vendría tras la supresión.

Luigi Mozzi es un ejemplo de cómo la espiritualidad de la Compañía continuó durante los años de la supresión. Mozzi nació en 1746, y entró en la Compañía de Jesús en 1763. Después de la supresión el Obispo de Bérgamo lo nombró canónigo en su diócesis, y en ella fundó una Congregación, de acuerdo con las tradicionales prácticas, que había conocido como jesuita. Fiel al verdadero espíritu de las Congregaciones Marianas, su Congregación desarrolló una vida devota, y un apostolado activo, que en este caso se centró en las escuelas gratuitas para los pobres de Bérgamo. Las dificultades causadas por las invasiones napoleónicas hicieron necesaria la ida de Mozzi a Venecia, donde se puso en contacto con los hermanos Antonio y Marcantonio Cavanis, que así pudieron conocer el buen trabajo de Mozzi restableciendo las Congregaciones. Los hermanos Cavanis fundaron pues una Congregación Mariana, en la parroquia de Santa Inés de Venecia, el 2 de mayo de 1802. Esta Congregación fue la base de la Congregación de las Escuelas de Caridad, que fue aprobada como Instituto religioso por el Papa Gregorio XVI en 1836.

La Espiritualidad Ignaciana se extendió por parte de los antiguos jesuitas. Tal fue el caso de Luis Fortis. Fortis, que llegaría a ser General después de la supresión, entró en la Compañía en 1762, y pasó a ser seglar, porque todavía no había sido ordenado. Deseó después ser sacerdote y fue ordenado en la diócesis de Verona en 1778. Durante su estancia en Verona se puso en contacto con Gaspar Bertoni, un joven que buscaba la manera de fortalecer y extender la fe católica. Bertoni entró en la Congregación Mariana en 1789, fue ordenado sacerdote en 1800, y en 1802 comenzó a fundar Congregaciones Marianas, siguiendo lo que había aprendido de Fortis, sobre el bien que hacían las Congrega-

ciones. El uso de las reglas y de sus modificaciones y de su espiritualidad le ayudaron a fundar la Congregación de las Sagradas Llagas en 1816, instituto religioso que educa a niños pobres.

Otro antiguo jesuita ayudó a extender la espiritualidad de las Congregaciones, tras la supresión, de una forma indirecta pero muy importante. Jean Chaminade entró en la Compañía de Jesús en 1761. La supresión de la Compañía le hizo volver a su familia. Su hermano más joven, Guillermo, que más tarde adoptó el nombre de José, escuchó las historias y vida de la Compañía de Jesús de labios de Jean, y se ordenó sacerdote diocesano en 1785. Guillermo José Chaminade se unió pronto a la Iglesia oculta, que se formó como respuesta a la revolución francesa, y en particular al reinado del terror. Mientras estaba exiliado en España tuvo una visión de Nuestra Señora la Virgen del Pilar, que le sugirió formar grupos de seglares, dedicados a Cristo, según el modelo de la vida de María, como discípulos suyos. Al volver a Burdeos en 1800 re-estableció las Congregaciones Marianas como organismo para fortalecer la estructura y desarrollo de la Iglesia. Para lograr ese fin le ayudó de manera decisiva Marie-Thérèse Charlotte de Lamourous. Chaminade trabajó re-estableciendo las Congregaciones como medio para fortalecer y extender la fe católica. Como fruto de la espiritualidad de la Congregación Mariana y de su interés en el apostolado social, las mujeres que se unieron a la Congregación de Chaminade, crecieron en amor de Dios hasta el punto de desear hacer más profundo su compromiso fundando un instituto religioso. Contaron con la ayuda de Adèle de Batz de Trenquelléon, y en 1816 la Iglesia lo aprobó como Instituto de las Hijas de María. Un año más tarde fue aprobado un instituto para hombres como Sociedad de María. Estos dos institutos formaron parte de la Familia Mariana, que se identificó con la obra e inspiración de Guillermo José Chaminade, que a su vez se había inspirado en las Congregaciones Marianas, como fuente fundamental de su propia espiritualidad. Constituye un ejemplo de cómo esa espiritualidad puede florecer entre seglares.

La supresión marca una época difícil para la Compañía y la Iglesia. 1773 no supone solamente una ruptura en el trabajo de los jesuitas. Esa fecha es testigo de la disolución de otras estructuras que durante varios siglos habían acercado a Dios a hombres y mujeres de forma muy positiva. La restauración de la Compañía dio origen a que algunas autoridades gubernativas hicieran

el intento de recrear un mundo pre-revolucionario, y empujó a la Compañía a prácticas contrarias a nuestro modo de proceder. Pero con todo, y a pesar de los cambios telúricos que provocó la revolución francesa, y de los cambios que originó luego la misma revolución, la espiritualidad ignaciana siguió adelante a pesar de la supresión, gracias a algunos antiguos jesuitas, a devocionarios religiosos y a los nuevos institutos religiosos que se crearon y que extendieron la espiritualidad ignaciana revitalizando y adaptando las Congregaciones Marianas.

Traducción de Francisco de Solís Peche, S.J